

De territorios indígenas y ecofascistas en 2099

Josefa Sánchez Contreras

Una lluvia ácida caía incesantemente. Las aguas de los ríos corrían en tonos violetas, amarillos, rojizos y verdes como reflejos de luces de neón cargados de radioactividad. El 90% del planeta había sido declarado inhabitable: los organismos internacionales decretaron toda su extensión como tierra baldía, zonas mineras o experimentales. Pero nosotras/nosotros, igual que en siglos pasados, habíamos ideado las Tecnologías de la Tierra para sortear la acelerada destrucción. Habíamos perfeccionado el cultivo de la milpa sobre suelos desérticos, áridos, agrietados y, desde que se empezaron a contaminar los ríos en el siglo XIX, varios pueblos comenzamos a experimentar con árboles de mangles, amate, yarumos, cachimbos y muchos otros que crecen y purifican el agua. Para entonces habíamos logrado generar circuitos subterráneos de intercambio de alimentos entre los pueblos y las comunidades que aún vivíamos en nuestros territorios históricos y en los antiguos centros metropolitanos. Llevábamos tiempo buscando la cura para cientos de serpientes de agua envenenadas, cuyas cuevas habían sido detonadas por la minería para la extracción de oro, cobre, litio, uranio, cobalto, tierras raras y todos los elementos de la tabla periódica.

Era el fin de siglo, transcurría el año 2099 y faltaban pocos meses para entrar al siglo XXII. De acuerdo con algunos cálculos capitalistas, para ese entonces ya se tendrían que haber colonizado otros planetas y la crisis energética estaría superada con los nuevos minerales extraídos de los astros. Según los pronósticos, la fuente energética basada en el carbón, el gas y el petróleo habría pasado a la historiografía como el “periodo fósil”, cuya duración de tres siglos sería caracterizada como un tiempo en el que la mercancía estuvo limitada a transitar únicamente por el planeta Tierra. La

conquista interestelar estaba pronosticada y calculada desde principios del siglo XXI. La propaganda había prometido que se transitaría a una nueva era, la era del Manthropocene: una suerte de patriarcado intergaláctico cuyo logotipo era el Cohete Starship que emulaba un falo erecto como símbolo de aquellas primeras incursiones coloniales promovidas por la empresa TrashX de Elon Musk.

La promesa de una vida fuera de la Tierra no era nueva en el siglo XXI, pero en las primeras décadas sirvió para legitimar el genocidio y el estallido de la guerra nuclear. Aquella etapa superior del colonialismo tuvo como hito histórico el genocidio de los palestinos gazatíes; después de esa barbarie todo se desplomó. La maquinaria de muerte fue de tal magnitud que alcanzó no sólo a nuestros territorios indígenas, sino también a los barrios desposeídos de las metrópolis.

Fragmento del texto **De territorios indígenas y ecofascistas en 2099**
de Josefa Sánchez Contreras en *Luna Córnea 40. Catástrofe ecológica*
(Centro de la Imagen/Secretaría de Cultura, 2025)